

Permaneció allí el sacerdote hasta la media noche; despues únicamente á aquella hora con la ayuda de dos hombres, llevó el cuerpo al molino cerca del puente, lo depositó sobre una mesa y continuó orando á su lado hasta la mañana siguiente. A las ocho fué enterrado en la iglesia de Nuestra Señora, delante del altar de san Luis. Estaba vestido con su gaban, sus botas, y el gorro echado sobre la cara. Ninguna ceremonia religiosa hubo en su entierro: sin embargo, por el descanso de su alma se dijeron doce misas en los tres dias siguientes. A la mañana siguiente del dia del asesinato del duque de Borgoña, unos pescadores encontraron en el Sena el cuerpo de madama de Gyae.

NAPOLEON.

En la tarde del 17 de febrero de 1814, los habitantes de Montereau habian visto amontonarse en su ciudad, tomar posicion sobre la altura que la domina, y extenderse en las llanuras que la rodean masas de Wurtembergeses tan compactas, que no podian calcular su número. Sentian aquellos hombres amargamente no ser mas que la retaguardia del triple ejército que perseguia á Napoleon vencido y á los quince mil hombres que le rodeaban aun: últimos restos que le servian mas bien de escolta que de defensa, y cada uno de ellos, fijando sus ojos ávidos sobre el curso del Sena, que huye hácia la capital, repetia aquel grito que todos hemos oido cuando niños, y que aun creemos oir; tan funesta expresion tenia en bocas extranjeras: ¡A París! ¡A París!

En todo el dia no habia cesado el cañon su terrible estruendo desde Mormant á Provins: pero indiferente el enemigo apenas habia fijado en él su

atención : era sin duda algún general perdido, que acosado como un jabalí acorralado, hacía aun frente á los Rusos. En efecto, ¿qué tenían que temer? Napoleón el vencedor huía á su vez : Napoleón se hallaba á diez leguas de Montereau con sus quince mil hombres cansados, que no debían tener fuerzas para poder llegar á la capital.

Vino la noche.

A la mañana siguiente el cañon hacíase oír, empero mas cerca que la víspera : de instante en instante cada grito de aquella gran voz de las batallas truena mas alto. Despiértanse los Wurtembergeses, escuchan : el cañon no está mas que á dos leguas de Montereau : el grito, ¡ á las armas ! corre por todas partes con su eléctrico estremecimiento : tocan los tambores, suenan los clarines, los caballos de los ayudantes de campo hacen resonar las calles con sus herraduras en su continua carrera : el enemigo está en batalla.

De pronto se desembocan por el camino de Nogent masas en desórden : están perseguidas tan de cerca, que el fuego de nuestro cañon las quema, que el aliento de nuestros caballos humedece sus espaldas : son los Rusos que la víspera por la mañana formaban la vanguardia del ejército invasor, y habían llegado ya á Fontainebleau.

En la noche del 16 al 17 Napoleón se ha vuelto : trasporta en carros sus soldados : caballos de posta arrastran su artillería : la caballería de España llégale de refuerzo fresco, y los sigue al galope. El 17 por la mañana, Napoleón y su ejército están formados en batalla delante de Guignes : encuentran allí

las avanzadas enemigas, las arrollan, alcanzan las columnas rusas, las destruyen. El enemigo se repliega. De Guignes á Nangis no es mas aun que una retirada : de Nangis á Nogent es una derrota. Napoleón pasa á galope delante del duque de Bellune, le da la órden de destacar tres mil hombres de su cuerpo de ejército. ¿Qué va á hacer con quince mil soldados para perseguir á veinte y cinco mil Rusos? Bellune irá á aguardarlo á Montereau : yendo allí en línea recta, no tiene que andar mas que seis leguas : Napoleón se encontrará allí á la mañana siguiente ; y por el círculo que le es preciso recorrer habrá andado diez y siete.

Bellune destaca tres mil hombres, se pone á su cabeza, se pierde, emplea diez horas en hacer seis leguas, y al llegar á Montereau encuentra la ciudad ocupada hacia dos horas por los Wurtembergeses.

En tanto Napoleón barre el enemigo cual el huracan el polvo, pasa delante de él, y volviéndose inmediatamente, lo rechaza sobre Montereau, donde Bellune y sus tres mil hombres deben aguardarle. ¡ Esa caballería que relincha es la suya, esos cañones que truenan son los suyos : ese hombre en medio de la pólvora, del ruido y del fuego, que aparece en las primeras filas de los vencedores, arrojando veinte y cinco mil Rusos con su látigo, es él, es Napoleón !

Rusos y Wurtembergeses se han reconocido : los fugitivos se incorporan á un cuerpo de ejército de tropas frescas. Donde Napoleón cree encontrar tres mil Franceses y coger á los Rusos entre dos fuegos, encuentra diez mil enemigos, y tropieza con un

muro de bayonetas : desde la altura de Surville, donde debía ondear la bandera tricolor, diez y ocho piezas de artillería se preparan á metrallarle.

La guardia recibe la orden de apoderarse de la altura de Surville : lánzase á ella á paso redoblado : despues de la tercera descarga los artilleros wurtembergeses son muertos sobre sus piezas, la altura queda por nosotros.

Sin embargo, los cañones que el enemigo ha tenido tiempo de clavar, no pueden servir. Se arrastra á brazo la artillería de la guardia. Napoleón la dirige, la coloca, hace la puntería : la montaña se enciende como un volcan : la metralla derriba filas enteras de Wurtembergeses y Rusos : las balas enemigas responden, silban y botan sobre la altura : Napoleón está en medio de un huracan de hierro. Quieren forzarle á que se retire.

— Dejádme, dejádme, amigos míos, dice agarrándose á una cureña : aun no está fundida la bala que me ha de matar.

Oliendo tan de cerca la pólvora el emperador ha desaparecido : el antiguo teniente de artillería se ha puesto manos á la obra.

— ¡Vamos, Bonaparte, salva á Napoleón!

Protegidos por el fuego de esta formidable artillería, en que el ojo de Napoleón parece conducir cada bala, dirigir cada descarga de metralla, los guardias nacionales bretones se apoderan á la bayoneta del arrabal de Melun, en tanto que por la parte de Tossar el general Pajol penetra con su caballería hasta la entrada del puente : allí encuentra Rusos y Wurtembergeses de tal modo apiña-

dos, que no son ya las bayonetas enemigas, sino los cuerpos mismos de hombres los que les impiden avanzar : es preciso abrirse con el sable un camino en aquella multitud, cual con el hacha en un bosque demasiado cerrado y espeso. Entonces Napoleón concentra todo el fuego de su artillería sobre un solo punto : sus balas enfilan la larga línea del puente : cada una de ellas derriba filas enteras de hombres en aquella masa, que labra como el arado un campo, y sin embargo el enemigo se halla aun demasiado apretado y compacto : ahógase entre los parapétos ó barandillas : revientan estas, queda descubierto el puente, y en un instante el Sena y el Yonne quedan cubiertos de hombres y enrojados de sangre.

Cuatro horas duró esta carnicería.

Y ahora, dijo Napoleón cansado, y sentándose sobre la cureña de un cañon, mas cerca estoy yo de Viena que ellos de Paris.

Despues dejó caer su cabeza entre sus manos, permaneció diez minutos absorto en el pensamiento de sus antiguas victorias, y con la esperanza de sus nuevos triunfos.

Cuando levantó la frente, tenia delante de él un edecan, que venia á anunciarle que Soissons, esta poterna de París, se hallaba abierta, y que el enemigo no se hallaba mas que á diez leguas de su capital.

Escuchó estas noticias, como cosas que hacia dos años, la impericia ó la traicion de sus generales le habian acostumbrado á escuchar : ni un solo músculo de su rostro se alteró, y ninguno de cuantos le

rodeaban pudo decir que hubiese sorprendido un rasgo de emoci3n en la cara de aquel jugador sublime, que acababa de perder el mundo.

Hizo una seña para que le trajeran su caballo : despues , señalando con el dedo el camino de Fontainebleau , no dijo mas que estas únicas palabras :

— Vamos, señores, en marcha.

Y aquel hombre de hierro partió impasible, cual si toda fatiga debiese embotarse sobre su cuerpo, y todo dolor sobre su alma.

Se enseña colgada de la bóveda de la iglesia de Montereau, la espada de Juan de Borgoña

Sobre todas las casas que dan frente á la altura de Surville, se reconocen los rastros de las balas dirigidas por el mismo Napoleon.

LYON.

Nos detuvimos en Chalons el dia siguiente por la noche , porque no habíamos tomado asiento mas que hasta allí , contando que desde allí marcharíamos á Lyon embarcados, y por cierto que nos equivocamos. El Saona estaba con tan poca agua , que aquel mismo dia no habian podido volver los vapores, que vimos tristemente remolcados por cuarenta caballos, que los obligaban á adelantar por un lecho de arena en que se hundia la quilla , por lo cual no debíamos pensar en salir el dia siguiente por aquella via.

Como no habia asientos en la diligencia, sino para el siguiente, me acordé de las ruinas de cierto castillo que habia visto al pasar por la carretera, cuatro ó cinco leguas antes de llegar á Chalons , y no teniendo nada que hacer resolvimos visitarlo. En efecto, el dia siguiente por la mañana temprano estábamos en camino, llevando por precaucion un

almuerzo, que con dificultad hubiéramos encontrado en el lugar á donde nos dirigíamos.

Del castillo de Roca-Pot no existe hoy mas que un recinto circular; sus piezas de habitacion y de servicio se levantaban al derredor de un patio redondo; una parte del castillo debia haber sido edificada á la vuelta de las cruzadas; dos torres solamente parecen posteriores á esta época: un peñasco macizo forma la base del edificio, que se halla enclavado en los cimientos de aquella obra, con tanto arte, que aun hoy, y á pesar de los ocho siglos que sobre él han pasado, es difícil distinguir el sitio mismo en que, sobre la obra de Dios, se sobrepuso la obra del hombre.

Al pié del peñasco, aspillerado como nidos de golondrinas y de pardillos, se ven grupos de algunas cabañas, cual si pidiesen sombra y abrigo al castillo feudal. El castillo no es mas que ruinas, tristeza, soledad; las casas de los labradores permanecen en pié, alegres, habitadas.

Sin embargo, los que poblaban el castillo eran nobles señores, cuyos nombres ha conservado la historia.

En 1422, el duque Felipe de Borgoña, hijo de Juan-sin-Miedo, solicita y obtiene del rey Carlos VI y de la reina Isabel, que el canciller de Borgoña, *Renato Pot*, señor de la Rocher, le acompañe para recibir el juramento de la Borgoña.

¿Guál, pues, era este juramento exigido por el rey y la reina de Francia, que se debía prestar entre las manos del primer feudatario de la corona?

Era el de reconocer al rey Enrique de Inglaterra

como gobernador y regente del reino de las lises.

En 1434, Jacobo Pot, señor de la Rocher-Nolay, hijo del que acabamos de nombrar, asiste con honor á la revista de caballeros y de tropas pasada por la duquesa de Borgoña, y al torneo que hubo en seguida.

En 1451, Felipe Pot es nombrado jefe de la embajada enviada por el duque de Borgoña cerca del rey Carlos VII.

En 1417, Felipe Pot, Guit Pot su hijo, y Antonio de Creveccœur, firman como plenipotenciarios el tratado de Sens entre el rey Luis XI y Maximiliano, esposo de María de Borgoña.

En 1480, el duque Maximiliano de Borgoña borra de la lista de los caballeros del toison de oro á Felipe Pot de la Rocher-Nolay, por tener sospechas de que era partidario de Luis XI.

Aquí se pierden ya las huellas de esta noble familia, y vuelvo á las ruinas de su castillo, de que es ahora poseedor un vecino de Lyon, víctima de una estafa bastante curiosa para que la refiramos.

Ved aquí el hecho.

A fines del año de 1828, presentóse cierto sugeto al labrador, que era dueño entonces del castillo de la Rocher y de las dos fanegas de tierra pedregosa que constituyen hoy todas sus dependencias, y preguntóle á qué precio consentiria en vender su propiedad.

El paisano, que no habia podido alcanzar jamás que á lo menos en medio de los guijarros de que estaba cubierta la tierra, saliesen ortigas para su vaca, estuvo pronto á la venta, y en cuanto al pre-

cio, despues de una ligera discusion, se fijó en 4,000 francos.

Acordes, pues, se presentaron ante un notario, en cuya presencia fueron pagados los 4,000 francos; pero el comprador pidió por razones personales que en lugar del precio verdadero, en el contrato se pudiesen 50,000 francos.

El vendedor, á quien esto era bastante indiferente, puesto que no tenia que pagarlos, consintió de buena gana, muy contento de sacar 4,000 francos de una ruina que no le producía por año mas que dos ó tres docenas de huevos de cuervo. El notario, por su parte, pareció entender perfectamente la originalidad de aquel capricho, tan pronto como el comprador le insinuó que arreglase sus derechos sobre el precio supuesto y no sobre el real.

Terminado el acto, el nuevo propietario se hizo dar una copia, con la cual se volvió á Lyon, y presentóse en casa de un notario, pidiendo prestados 25,000 francos, y ofreciendo en hipoteca su propiedad de la Rocher.

El notario lionés escribió á la oficina de hipotecas para saber si la finca estaba gravada con alguna obligacion, y el jefe de la oficina le respondió que ni una sola piedra del castillo debia un cuarto á nadie.

El mismo dia el notario habia encontrado ya la cantidad pedida, y diez minutos despues de haber firmado la escritura se habia ya marchado con el dinero que le habia tomado á préstamo.

Llegó el dia del reembolso, sin que se presentase ni deudor, ni dinero, ni cosa que se le pareciese.

Pidió la posesion de la finca hipotecada, la que obtuvo pagando un millar de escudos de gastos; salió inmediatamente en posta para visitar su nueva propiedad, que fuera de los gastos, habia obtenido por mitad del precio.

Lo que halló fué un monton de escombros que valdria por un aficionado á lo mas 50 escudos.

Cuando bajamos al pueblo, nos preguntaron si habiamos visto el Vaus-Chignon; respondimos que no, y que el nombre mismo de aquella curiosidad nos era desconocido. Como no era mas que la una de la tarde, mandamos al postillon que nos llevase allá.

El postillon tomó el camino real como si quisiese volvernos á París, pero dejando despues el camino, se metió por los sembrados, y al cabo de cinco minutos daba la vuelta delante de una especie de precipicio: habiamos llegado allí para contemplar la maravilla.

En efecto, no deja de ser una cosa extraña en medio de una de las grandes llanuras de Borgoña, en que ninguna desigualdad del terreno impide que la vista se extienda: el suelo se parte de repente en la longitud de una legua y media y anchura de quinientos pasos, dejando ver en la profundidad de 200 pasos casi, un delicioso valle, verde como una esmeralda, surcado por un riachuelo limpido, espumoso y ruidoso, que armoniza admirablemente con él, como grandeza y contorno. Bajamos por una rampa bastante suave, y al cabo de diez minutos casi nos hallamos en medio de aquel pequeño Eldorado borgoñon, aislado del mundo por las ro-

cas que le rodean, cortadas á pico. Subiendo el curso del riachuelo, cuyo nombre no supimos y que probablemente no le tiene todavía, sin divisar ni un hombre, ni una casa: vimos mieses que parecían crecer para las aves del cielo, uvas que nadie guardaba contra la sed de los curiosos, y árboles frutales doblegados por su mismo peso. En medio de tanta soledad, silencio y riqueza, tentado está uno de creer que aquel rincón de la tierra ha quedado desconocido de los hombres.

Continuamos subiendo la orilla de aquel arroyuelo, que á cien pasos de la extremidad del valle se parte en dos ramales como una Y, pues tiene dos manantiales: el uno sale de un peñasco, viene por una hendidura bastante ancha para que pueda seguirse en su corredor oscuro cien varas casi, al cabo de las cuales se le sorprende brotando de la tierra; la otra que baja de una fuente superior, cae de una altura de cien piés, trasparente como una faja de gasa y se desliza por entre el verde musgo, cuya frescura ha alfombrado la roca.

Yo despues he visitado los hermosos valles de la Suiza y las suntuosas llanuras de la Italia, he bajado por el Rhin y he subido por el Ródano, me he sentado en las orillas del Po, entre Turin y la Saperga, teniendo delante de mí los Alpes y detrás los Apeninos, y ninguna vista, ningun sitio, por variado, por pintoresco, por grandioso que haya sido, no ha podido hacerme olvidar mi pequeño valle de Borgoña, tan tranquilo, tan solitario, tan desconocido, con aquel riachuelo tan débil, que aun han olvidado darle un nombre, con su cascada tan ligera

que el menor vientecillo la levanta desparramándola á lo lejos cual el rocío.

Estábamos de vuelta á las cinco á Chaillot, porque estos dos paseos pueden hacerse en menos de un dia. Supimos allí que un barco de vapor mas ligero que los otros trataria de llegar el dia siguiente hasta Macon. El coche me habia fatigado de tal modo, que aunque yo no sabia si hallaria en esta última villa medios para llegar á Lyon, preferia mas este modo de viajar que cualquier otro.

Al dia siguiente cerca ya del medio dia, llegamos á Macon, pero en Macon no habia carruajes para adelantar mas, ó los que habia estaban llenos. Entonces, Dios libre á mi mayor enemigo de igual sorpresa, vinieron algunos barqueros ofreciéndonos que con el viento que hacia podrian llevarnos hasta Lyon en seis horas. Nos dejamos seducir de sus promesas y nos embarcamos sin recelo alguno; y aquel pintoresco viaje nos costó veinte y cuatro horas. Se alaban mucho las orillas del Saona: yo no sé si es prevencion, á causa de la abominable noche que yo habia pasado en sus aguas; pero á la mañana siguiente me hallaba poco dispuesto á la admiracion. Prefiero con mucho las orillas del Loira y me gustan mas las del Sena.

En fin, á las once de la mañana apercibimos de repente, al doblar un recodo del rio, á la rival de París, asentada sobre su colina como sobre un trono, adornada la frente con su doble corona antigua y moderna, ricamente vestida de cachemir, de terciopelo y de seda. Lyon, la vireina de Francia, que ciñe su cintura con dos rios y deja colgar uno de

15328

UNIVERSIDAD DE MONTE REY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

los cabos de su cinturón al través del Delfinado y de la Provenza hasta el mar.

La entrada de la ciudad por el camino que seguíamos, es grandiosa y pintoresca á la vez : la isla Barba, plantada enfrente de la población como una dama de honor que anuncia una reina, es una linda fábrica situada en medio del río para servir de paseo en los domingos á los elegantes del arrabal.

Coronada detrás se levanta como un baluarte la roca de Piedra-Scisa (1), en otro tiempo habia allí un castillo que sirvió de prisión de Estado. Allí estuvo prisionero el duque de Nemours, durante las revueltas de la Liga, despues de haber intentado en vano la toma de la ciudad. Cedió el puesto á Luis Sforzia, apellidado *el Moro*, del moral que llevaba en sus armas, y á su hermano el cardenal Ascanio. El baron de los Adrets, partidario gigantesco, héroe de la guerra civil, estuvo despues de estos, y luego, en fin, De-Thou y Cinq-Mars, dobles víctimas sentenciadas á muerte, el uno por el odio y el otro por la política de Richelieu, y que de allí no salieron sino para ir á llevar sus cabezas en la plaza de Terreaux, al torpe verdugo que cinco veces tuvo que repetir el fatal golpe para cortarlas.

Un jóven escultor de Lyon, Mr. Legendre Heral, habia tenido la idea de tallar aquella inmensa

(1) Pietra-Scisa, llamada así, porque Agripa la hizo cortar cuando construyó las cuatro vias militares, de las que la una dirigida por la parte del Vivarés y de las Cevenas conducía hácia los Pirineos, la otra hácia el Rhin, la tercera hácia el Océano, por Beauvaisis y la Picardía, y la cuarta en la Galia Narbonesa hasta las costas de Marsella.

piedra y darla la forma de un leon colosal, armas de la ciudad : queria consagrar cinco ó seis años de su vida en este trabajo ; su petición no fué comprendida, á lo que parece, por la autoridad administrativa á quien la habia dirigido. Hoy, este trabajo seria difícil, y mas tarde imposible ; porque la Piedra-Scisa, sirviendo de cantera á toda la ciudad, allí acude á sacar sus puentes, sus teatros y palacios ; en lugar del leon, muy pronto no presentará mas que caverna.

Apenas se ha pasado de la Piedra-Scisa, cuando se divisa otra roca, cuyos recuerdos son mas dulces ; está esta coronada, no de una prisión de Estado, sino de la estatua de un hombre con una bolsa en la mano. Es un monumento que la gratitud lionesa levantó en 1716 á la memoria de *Juan Cléverg*, apellidado *el buen alemán*, que consagraba todos los años una parte de sus rentas en dotar á las doncellas pobres de su cuartel. La estatua que hay en este monumento fué colocada el día 24 de junio de 1820, despues de haberla paseado por toda la ciudad, al son de trompetas y tambores, por los habitantes de Bourg-Neuf. Un accidente hace necesaria la instalacion de otra nueva estatua : cuando pasé por Lyon á el hombre de la roca le faltaba ya la cabeza, lo cual hacia gritar mucho á las muchachas por casar, que pretendian hacer mucho caso de aquella mutilacion.

Trescientos pasos mas lejos se halla uno al pié de la colina que sirvió de cuna á Lyon, todavia niña. La ciudad era tan poca cosa en tiempo de la conquista de las Galias, que César pasó por ella sin

verla y sin nombrarla; únicamente hizo alto en la colina donde está ahora Fourvières, en la cual asentó sus legiones, y ciñó su campo momentáneo con una zanja tan profunda, que diez y nueve siglos no han bastado para cubrir enteramente con su polvo los fosos que abrió con la punta de su espada.

Algun tiempo despues de la muerte de este conquistador, que subyugó trescientos pueblos y derrotó tres millones de hombres, uno de sus clientes proscritos, escoltado de algunos soldados fieles á la memoria de su general, y buscando un lugar donde fundar una colonia, encontró reunidos en la confluencia del Ródano y del Saona un gran número de vieneses, que rechazados por las poblaciones alóbroges que bajaban de sus montañas, habian levantado sus tiendas en aquella lengua de tierra, que fortificaban naturalmente aquellos fosos inmensos abiertos por la mano de Dios, y en los que corrían á ondas llenas dos rios.

Los proscritos hicieron un tratado de alianza con los vencidos, y bajo el nombre de *Lucci-Dunum*(1), se empezó bien pronto á ver salir de la tierra los cimientos de la ciudad que en poco tiempo debia ser la ciudadela de las Galias y el centro de comunicacion de aquellos cuatro grandes caminos trazados por Agripa, y que cruzan aun la Francia moderna desde los Alpes al Rhin, y del Mediterráneo al Océano.

(1) Por abreviatura Luc-Dunum y por corrupcion Lugdunum, de que se ha formado Lyon.

Sesenta ciudades de las Galias reconocieron entonces por su reina á *Lucci-Dunum*, y concurrieron a su costa á construir un templo á Augusto, á quien reconocieron por dios. Bajo el imperio de Calguta, este templo cambió de destino, ó mas bien de culto; se convirtió en el lugar de las sesiones de una academia, de cuyos reglamentos uno solo pinta el carácter del loco imperial que la habia fundado; este reglamento, decia, que el académico, autor de una obra mala, debia borrarla toda con su lengua, ó ser precipitado en el Ródano.

Lucci-Dunum apenas tenia un siglo, y la ciudad nacida ayer competia ya en magnificencia con Masilia la griega, y con Narbo la romana, cuando un incendio que se atribuyó á un rayo, la redujo á cenizas en tan breve espacio, segun Séneca, historiador conciso de este vasto incendio, que entre una ciudad inmensa y una ciudad asolada, no medió mas que el espacio de una noche.

Trajano tuvo compasion de ella; bajo su poderosa proteccion, *Lucci-Dunum* comenzó á salir de entre sus cenizas; y pronto sobre la colina que la dominaba, se alzó un magnifico edificio destinado á los mercados. Apenas estuvo abierto, los bretones se apresuraron á traer allí sus escudos pintados de diferentes colores, y los iberos sus armas de acero que ellos solos sabian templar. Al mismo tiempo, Corinto y Atenas enviaron por Marsella sus cuadros pintados sobre madera, sus piedras grabadas y sus estatuas de bronce. El Africa sus leones, ligres y panteras, sedientos de la sangre de los anfiteatros, y la Persia sus corceles tan ligeros que disputaban su

reputacion á los caballos nmidas, cuyas madres, segun Herodoto, se fecundaban con el soplo del viento. Este monumento, que se vino á tierra el año 840 de nuestra era, es llamado por los autores del siglo IX *forum vetus*, y por los del siglo XV *for viel*: y de esta palabra compuesta han formado los modernos el *Fourvires*, nombre que lleva aun hoy la colina sobre que está edificado.

Aquí abandonamos la historia particular de Lyon que desde el año 532, en que esta ciudad se reunió al reino de los Francos, vino á confundirse con nuestra historia. Colonia romana bajo los Csares, segunda ciudad de Francia bajo nuestros reyes, dió el tributo á Roma como aliada, de nombres ilustres como Marco Aurelio, Caracalla, Claudio, Germánico, Sidonio Apolinar, y Ambrosio, y á la Francia, como hija los de Filiberto-de-Lorme, Couston, Coysevox, Suchet, Duphot, Camilo, Jordan, Lemontoy y Lemot.

Tres monumentos quedan aun en pié en Lyon, que parecen hitos plantados por los siglos á distancias casi iguales, como tipos del progreso y de la decadencia del arte; son: la iglesia de Ainai, la catedral de San Juan y la casa del Ayuntamiento: el primero de estos monumentos es contemporáneo de Karl el Grande, el segundo de san Luis, y el tercero de Luis XIV.

La iglesia de Ainai está edificada sobre la misma área del templo que las sesenta naciones de la Galia habian levantado á Augusto. Los cuatro pilares de granito que sostienen la cpula los ha tomado la hermana cristiana de su hermano pagano, antes no

formaban más que dos columnas doble altas de lo que son ahora, y coronada cada una con una victoria; el arquitecto que edificó á Ainai las hizo ser-rar por medio á fin de que no desdijesen del carácter romano de lo restante del edificio; la altura de cada una es hoy de doce piés y diez pulgadas, lo que hace suponer que primitivamente cuando las cuatro no formaban mas que dos, tenia cada una al menos veinte y seis piés de elevacion.

Encima de la puerta principal de la iglesia de Ainai se ha incrustado un pequeño bajo relieve antiguo que representó á tres mujeres con frutas en las manos. Debajo de estas figuras se leen estas palabras abreviadas:

MAT. AUG. PH. E. MED.

Que se explican de este modo:

MATRONIS AUGUSTIS,

PHILEXUS EGNATICUS MEDICUS.

La catedral de San Juan desde luego no parece ser de la época á que la hemos atribuido. El pórtico y su fachada datan evidentemente del siglo XV,  bien porque se reedificasen entonces,  porque hasta entonces no se acabasen. El anticuario encontrará sin duda la fecha de su fundacion en la arquitectura de la nave principal, cuyas piedras llevan las huellas recientes de recuerdos traídos de las cruzadas, y de los progresos que el arte oriental

acababa de introducir en los pueblos occidentales.

Una de las capillas que forman los costados bajos de la iglesia, y que en general el arquitecto fijaba en el número siete en honor de los siete misterios, se llama la capilla Borbon. La divisa del cardenal, compuesta de estas tres palabras: *N' espoir ni peur* (ni esperanza ni miedo), se ve repetida en muchos sitios, como también la de Pedro de Borbon, su hermano, que conservó las mismas palabras, pero que añadió el emblema blasónico de un ciervo alado. La P y la A entrelazadas que acompañan esta divisa son las iniciales de su nombre de bautismo Pedro de Borbon, y el de su mujer Ana de Francia, puestos en cifra; los cardos que forman el adorno indican que el rey le hizo un *caro don* otorgándole a su hija por esposa.

Uno de los cuatro campanarios que contra las reglas arquitectónicas de la época flanquean el edificio en cada uno de sus ángulos, sirve de habitación a una de las campanas más grandes de Francia, cuyo peso es de treinta y seis quintales.

La casa de Ayuntamiento en la plaza de *Terreaux* es probablemente el edificio que Lyon enseña con más complacencia a los extranjeros. Su fachada, construida según los dibujos de Simon Manhin, presenta todos los caracteres de lo grandioso, pesado, frío y guindado de la arquitectura de Luis XIV, que valía, sin embargo, más que la de Luis XV, y esta valía más que la de Termidor, que valía más que la de Napoleón, y esta valía más que la de Luis Felipe. El arte arquitectónico murió en Francia con el gran rey, y exhaló el último suspiro

en los brazos de Perrault y de Lepautre, entre un grupo de amores, sosteniendo un vaso de flores, y un río personificado de Broune, coronado de espadañas.

A propósito de ríos, en el primer vestíbulo de la casa municipal, hallanse dos en vez de uno, y son el Ródano y el Saona de Couston. Estos grupos en otro tiempo adornaban el pedestal de la estatua de Luis XIV que había en la plaza *Bellecour*, y están destinados, creo, a ser transportados a los dos ángulos de la casa de la ciudad que dan frente a *Terreaux* y a servir de fuente; decisión administrativa que no deja de ser muy humillante para los dos ríos.

Bajando los escalones de la casa municipal, hallase uno enfrente de uno de los recuerdos históricos más terribles que conserva Lyon en los archivos de sus plazas públicas, porque sobre el terreno que se extiende delante de la vista, fueron degollados *Cinq-Mars* y *De-Thou* (1).

Otro recuerdo más moderno y más sangriento aun se une al paseo de *Broteaux*, donde fueron muertos a metrallazos doscientos lioneses después del sitio de Lyon. Un monumento de forma piramidal rodeado de una verja de hierro, indica el lugar donde fueron enterrados.

Hace cinco ó seis años que Lyon lucha contra el espíritu comercial a fin de tener una literatura. Admira el pensar la prodigiosa constancia de los

(1) Víctimas ambos de Richelieu, el primero por haber merecido el favor de Luis XIII, y el segundo por ser amigo de *Cinq-Mars*.

jóvenes artistas que han sacrificado su vida en esta fatigante empresa : son mineros que explotan un filon de oro en una mina de mármol ; cada golpe que dan no arranca apenas mas que una partícula de la roca que combaten, y no obstante, gracias á su obstinado trabajo, la nueva literatura ha obtenido en Lyon el derecho de ciudadanía de que empieza á disfrutar. Una anécdota entre mil dará una idea de la influencia que en materia de arte ejerce sobre los negociantes de Lyon la preocupacion comercial.

Representábase *Antony* delante de una numerosa sociedad, y como alguna vez ha sucedido á este drama, delante de una oposicion bastante viva. Un comerciante y su hija estaban en un palco de enfrente, y cerca de ellos habia uno de los jóvenes autores de que he hablado. El padre, que parecia haber tomado bastante interés en la primera parte del drama, se habia enfriado visiblemente desde la escena entre *Antony* y la posadera ; la hija, al contrario, se habia conmovido mas y mas desde aquel momento en adelante, de tal suerte, que en el último acto derramó lágrimas. Así que se bajó el telon, el padre, que habia dado señales visibles de impaciencia durante los dos últimos actos, vió llorar á su hija, y la dijo :

— ¡Hola ! ¡pues no eres poco simple en llorar por esas tonterías !

— ¡Ah ! papá, no es mia la culpa, respondió la pobre niña, disimuladme, pues bien sé que es bien ridículo....

— ¡Oh ! sí, sí, bien dices, ridículo. En cuanto á

mí, no comprendo cómo se puede interesar nadie en una cosa tan inverosímil.

— ¡Dios mio ! papá ! justamente á mí me ha parecido tan verdadero !

— ¡Verdadero ! ¿Has seguido bien la intriga ?

— No he perdido ni una palabra.

— Bien. En el tercer acto *Antony* ajusta una silla de posta ; ¿no es verdad ?

— Sí, ya me acuerdo.

— La paga al contante ; ¿no es esto ?

— Tambien me acuerdo.

— Pues bien, no se guarda la vuelta.

La obra de la regeneracion política no ha sido tan difícil de hacer : la simiente caia en la tierra popular siempre pronta y generosa en producir buenos frutos. Cuando la revolucion de Lyon se ha visto el resultado de esta educacion republicana, y esta admirable divisa :

VIVIR TRABAJANDO

ó

MORIR COMBATIENDO,

que los obreros habian escrito en su bandera en 1832, comparada con los gritos de los obreros de 92 : *Pan ó muerte !* reasume en ella todo el progreso social de estos treinta y nueve años.

El periódico que ha ayudado mas á esta educacion de la clase jornalera, es sin contradiccion el *Precursor* : redactado por un hombre del temple de Carrel ; la misma firmeza de opinion, su valor pe-

riodístico, su probidad política y su desinterés pecuniario. No obstante, la diferencia de las clases á quienes cada uno de ellos se dirigia, produjo una diferencia en el estilo. Armando Carrel tiene mas de Pascal, y Anselmo Petetin, de Pablo Luis.

Pero el progreso mas grande y mas notable es, que los mismos obreros tienen un periódico redactado por obreros, en el cual se agitan, discuten y resuelven todas las cuestiones vitales del alto y bajo comercio. He leído artículos de economía política tanto mas notables, cuanto que se hallaban redactados por hombres de práctica y no de teoría.

Tres ó cuatro días bastan para ver todas las curiosidades de Lyon; no hablo aquí de talleres, ni de manufacturas, sino de sus monumentos, ó de sus recuerdos históricos. Asi es, que cuando se ha visitado el Museo, y se ha visto una Ascension del Señor por Perugino, un San Francisco de Asis por el Españolito, una Adoracion de los Magos por Rubens, un Moisés salvado de las aguas por Veronés, un San Lucas pintando á la Virgen, por Giordano, la famosa tabla de bronce encontrada en 1529 en una excavacion hecha en San Sebastian, y en la cual está grabada una parte de la arenga que pronunció el emperador Claudio delante del senado, cuando no era mas que censor, para hacer conceder á Lyon el título de colonia romana; los cuatro mosaicos antiguos, que adornan el pavimento de la sala: pasando de allí á casas particulares, se entra en el patio del palacio de Jouys, calle del Arsenal, donde se halla un sepulcro antiguo, en que está esculpida la caza de Meleagro, regalo que la ciudad

de Arles hizo en 1640 al cardenal de Richelieu, arzobispo de Lyon; cuando se haya echado una ojeada sobre el monasterio de monjas de Santa Clara, donde fué envenenado, en 1530, por el conde de Montecuculi, el delfin, hijo de Francisco I, y despues de haber leído sobre la fachada de una casita, situada en el arrabal de la Guillotière, esta inscripcion que atestigua que Louis XI se alojó allí:

EL AÑO MIL CUATROCIENTOS SETENTA y CINCO

se alojó AQUI EL NOBLE REY LUIS

LA VISPERA DE NUESTRA SEÑORA DE MARZO;

cuando en el arrabal de San Ireneo, se hayan buscado, sobre el arco que ocupaba la antigua ciudad, quemada por Neron, las ruinas de los palacios de Augusto y de Severo, los restos de los calabozos que servian de mansion por la noche á los esclavos, y las minas del antiguo teatro, donde fueron asesinados, en el siglo II, diez y nueve mil cristianos, que tienen por todo epitafio ocho versos esculpidos en el pavimento de una iglesia; cuando se ha vuelto á bajar por el camino de *Etroits* (estrechos, donde J. J. Rousseau pasó una noche tan deliciosa, y en donde fué fusilado el general Montou-Duvernét, hácia el puente de la Mulatera, donde comienza el camino de hierro de Saint-Etienne, que en su principio, atravesando la montaña, pasa por una bóveda tan estrecha, que se lee encima del arco que forma, esta inscripcion:

ESTÁ PROHIBIDO PASAR POR ESTA BOVEDA
so PENA DE ser APLASTADO (1);

despues de haber vuelto por la plaza de Bellecour, una de las mas grandes de Europa, y en cuyo centro se pierde de vista una raquítica estatua de Luis XVI, lo mejor que puede hacerse, si se quiere hacer lo que yo he hecho, es tomar á las ocho de la noche, el carruaje que sale á las seis de la mañana para Ginebra, y en él que al llegar á la subida de Cerdon, despierta á uno el mayoral, para invitar á los viajeros á *andar un poco á pié*, para dar algun respiro á sus caballos : invitacion que los viajeros aceptan con tanto mas placer, quanto que se encuentran entonces en medio de un paisaje tan grandioso y tan variado, que se creerian ya en un valle de los Alpes.

Sobre las diez llegamos á Nantua, situada á la extremidad de un lindo y pequeño lago, de aguas azules como zafiro, encajonado entre dos montañas, cual una preciosa joya que la naturaleza hubiese temido perder.

En esta pequeña aldea, fué donde el emperador Carlos el Calvo, muerto en Briost, con un veneno que le propinó un médico judío, llamado Sedecias, fué primero enterrado *en un tonel cubierto de pez*

(1) Parece que esta recomendacion paternal no ha bastado, y que la autoridad se ha creido obligada á añadir una orden mas severa, pues abajo de esta inscripcion, se lee una segunda, concebida en estos términos :

Está prohibido pasar por esta bóveda, bajo pena de pagar multa.

por dentro y por fuera, y forrado de cuero (1).

A algunas leguas mas lejos, nos detuvimos en Bellegarde para comer, y terminada la comida, propuso uno de nosotros ir á ver la *desaparicion* del Ródano, distante de la posada unos diez minutos. Opúsose al principio el mayoral, pero nos declaramos en rebeldía abiertamente contra él. Nos amenazó con que no nos esperaria, pero le respondimos, que esto nos era igual, y que si lo verificaba, alquilaríamos otro carruaje para continuar el camino, á costa de la administracion Lafitte y Gaillard. Como no tenia por su parte mas que al postillon, cedió, y hasta este abandonó su partido, por haberle enseñado nosotros, con el dedo, una botella de vino que habia encima de una mesa de la posada.

Bajamos por una cuesta muy pendiente, que encontramos junto al camino real, y en pocos minutos, estuvimos encima de la *desaparicion* del Ródano. Un puente que pertenece, un lado á la Saboya y el otro á la Francia, une ambas orillas del rio, y en medio de él, están siempre dos aduaneros, uno sardo y otro francés, vigilando para que no pase nada de un Estado á otro, sin pagar los derechos. Estos dos bizarros aduaneros fumaban lo mas amigablemente del mundo, enviando cada uno bocanadas de humo hácia la tierra extranjera; señal inequívoca de la buena inteligencia que unia á su majestad Carlos Alberto y á su majestad Luis Felipe.

En medio del puente, es en donde se encuentra

(1) Anales de Saint-Bertin.

uno mejor colocado para examinar el fenómeno que allí nos conducía.

El Ródano, que corre profundo y á borbotones desaparece de repente entre las grietas transversales de una roca, para aparecer de nuevo á cincuenta pasos mas allá : el espacio intermedio queda perfectamente seco, de manera que el puente sobre que nos encontrábamos, está situado, no sobre el río, sino sobre la roca que oculta el río. Lo que pasa en el abismo, donde el Ródano se precipita, es imposible saberlo; maderas, corchos, perros y gatos, se han arrojado por el sitio donde se mete, empero en vano se ha esperado verlos salir por el sitio donde vuelve á aparecer, el abismo no ha devuelto nunca nada de lo que se ha tragado.

Nos volvimos á la posada, donde encontramos nuestro conductor furioso.

— Señores, nos dijo, haciéndonos entrar con violencia en el carruaje, nos habeis hecho perder media hora.

— ¡Bah! nos dijo el postillon, al pasar cerca de nosotros, limpiándose la boca con la manga de su chaqueta, esa media hora pronto la ganaremos.

En efecto, aunque la subida era asaz pendiente, nuestro hombre puso sus caballos al gran trote. Al poco rato, recobramos el tiempo perdido, llegando al fuerte de l'Ecluse. El fuerte de l'Ecluse es la puerta de la Francia, del lado de la Ginebra : colocado sobre el camino, que pasa por debajo de él, domina todo el valle, en el fondo del cual ruge el Ródano; sobre las vertientes opuestas á la ciudad á medio tiro de cañon, existen sendas solamente co-

nocidas de los contrabandistas, y que serian impracticables para un ejército.

Apenas entramos en el fuerte, la puerta se cerró detrás de nosotros, y como la de la muralla estuviese aun cerrada, nós vimos completamente presos. Estas precauciones están mandadas desde los últimos sucesos de julio. Sin embargo, nos pidieron los pasaportes con toda la política que distingue á la gendarmería de línea, y como estaban todos en regla no hubo dificultad en abrirnos la puerta y dejarnos en libertad.

A las tres horas de camino y al salir de Saint-Genis, volviése á nosotros el postillon y nos dijo :

— Senores, ya estamos fuera de Francia.

Veinte minutos despues nos hallábamos en Ginebra.